

## **Preguntas Inútiles: del Turismo a Teoría de la Cultura Latinoamericana**

**Javier Lasarte**

*Universidad Simón Bolívar*

*Venezuela*

### **El turista intelectual**

El viaje es el contacto con un espacio distinto de lo que se reconoce como normalidad cotidiana. (En ese sentido, una visita a Roma o Tahití puede ser plenamente un viaje; pero, a veces, trayectos inusitados dentro de una ciudad en la que se habita, experiencias ficcionales o inquietantes idas al fondo de uno mismo, pueden resultar especies de viajes de contacto extremo con la alteridad). Todo viaje, se sabe, es una experiencia en la que se activan simultáneamente distintas modalidades del saber: des/re/auto-conocimientos, conocimientos parciales, superficiales, reductores, falseadores.... Y si todo viaje presupone y construye conocimiento, el proceso mismo del conocimiento -que necesariamente opera sobre alguna forma de alteridad- es también un viaje.

Por una de esas cosas de los espacios del poder y sus mecanismos de legitimación, los tipos de saberes-viaje socialmente prestigiados son los especializados: los del científico, el antropólogo, el artista.... Pero eso no quiere decir que sean los únicos ni los únicos válidos o legítimos a la hora de conformar la experiencia del mundo en términos culturales. Un televidente, un vidente, un votante analfabeta, un turista, ponen en marcha asimismo saberes en sus actos y desplazamientos, conforman de algún modo, por asentamiento, por reproducción, por desviación, por rabia, por azar, por lo que sea, la cultura (a la vez homogénea y heteróclita, informe y uniforme, reconocible e inestable, palpable e inasible) que nos constituye en la cotidianidad. ¿Por qué no entonces simular que tomamos el lugar del turista para hablar de, por ejemplo, eso que llaman “cultura latinoamericana” o “nuestra cultura”?

Primer problema. ¿Basta hablar del “lugar del turista”? La abstracción es sin duda una necesidad; nos provee, por ejemplo, de leyes y pautas generales -cualesquiera que éstas sean- sin las cuales sería impensable *estar* en el mundo -cualquiera que éste sea-. No obstante, con inesperada frecuencia, la abstracción, que parece constituir la base del conocimiento que se activa en el más mínimo acto

real o imaginario, resulta a la vez fatal para ese conocimiento: la mejor garantía de su imposibilidad o su radical inestabilidad; es el necesario y perverso mecanismo de su tragicomedia. Algún dato, algún elemento, un viaje de algún tipo, en algún momento, hará que el edificio de todo tipo de conocimiento se tambalee y, con un poco de buena voluntad, se derrumbe: es el momento en que la útil abstracción se convierte -súbita, mágicamente- en insostenible reducción.

No será, pues, no puede ser, así no más, “el lugar del turista para hablar de, por ejemplo, eso que llaman *cultura latinoamericana* o *nuestra cultura*”. Habría que decir que ese turista soy yo que parto de Caracas rumbo a Guatemala y México con el pretexto de un congreso y con el abierto deseo de *conocer* directamente esa parte del mundo ¿distante/próxima, ajena/propia...?, a cuya cultura, según Bolívar o Martí o Vasconcelos o Uslar o Chávez..., aparentemente pertenezco; y digamos que los temas relativos a la reflexión sobre *esa cultura* no me son ajenos -incluso si me cuesta reconocerme como especialista (de hecho, soy un profesor universitario que trabaja en áreas próximas del conocimiento y, bien o mal, ha leído a Ortiz (Fernando), Arguedas, Rama, Cornejo Polar, Monsiváis, García Canclini, Martín-Barbero, Ortiz (Renato), Achugar, Castro-Gómez...)-. Serían precisiones necesarias, indispensables para definir o establecer ese “lugar”, y sin embargo un sabor a cosa falsa o deshonesto o insuficiente impregna cada palabra y cada rasgo. (*E pur si muove*).

Soy, entonces, un turista específico que viaja a Guatemala y México con fines inicialmente profesionales pero mayormente placenteros, propiamente turísticos, provisto de su **Guía Michelin** y la experiencia de lecturas del *culturalismo* latinoamericano. Como todo turista o como todo especialista, ve lo que quiere o puede, entra en contacto, se decepciona o se asombra, se aburre o goza, habla, piensa, cultorea. Este turista que soy, turista intelectual -accidental e incidentalmente ambas cosas-, sobre la marcha del viaje empieza, como casi siempre, a “enrollarse”; dos meses después, escribe una postal sobre la que se enredan las mal habidas lecturas de la teoría cultural latinoamericana.

### **La postal culturalista**

Es el final del viaje. Cumpló casi un mes en territorios para mí inéditos y desconcertantes: los de “nuestros indígenas” -como los designara con desconcertante

distancia el guía de la catedral en ruinas de Antigua-, múltiples y densos, afincados por igual en el más mínimo poblado o en la ciudad más grande del mundo. He acabado por preguntarme qué me diferencia de un fotógrafo húngaro del siglo pasado. Como no tengo respuesta, reconstruyo la colección de una injusta retahíla de imágenes:

. mercado indígena de artesanías de Chichicastenango, reino del color donde se habla italiano;

. iglesia de Chichicastenango, donde ocurre mi primer encuentro directo con un ‘rezador’ (figura que conocí antes gracias a la lectura de Arguedas y al noticiero Primer Impacto);

. San Pedro de Atitlán, pueblo sin gracia, tomado por estruendosos cohetes y numerosísimos aparatos de radio a todo volumen que transmiten incesantemente mensajes evangélicos; allí mismo, mujeres indígenas de cierta edad que se niegan a dejarse fotografiar y otras de menor edad que instruyen a sus hijos para que cobren unas monedas por permitir que el ‘clic’ *dispare* sobre ellos;

. iglesia de Santiago de Atitlán, que pasaría desapercibida de no ser por los intensos e incomprensibles rezos como lamentos de sus feligreses, y por su inédita galería de santos literalmente uniformados con telas de satén celeste o rosa; algunos resaltados por nutridos rellenos que los hacen parecer a punto de estallar, pero todos engalanados por multicolores corbatas *ad hoc* que llegan hasta sus pies (a los santos principales, además, la gente del lugar les ha ofrendado pañuelos africanos de tela brillante, de esos que llevan estampados un ancla adornada por un cabo de color amarillo pollito);

. poderosa y volcánica Ciudad de México donde todo tiene cabida: la sensación de infinito urbano; las banderas más grandes del mundo; “La Giganta” de Cuevas; Enrique Guzmán y la Guadalupe; ventas en toneles de crema nívea de color verde, blanco o rojo, crema nacionalista por tanto; la despiadada división de las riquezas marcadas en los colores de la piel; cínicos murales ya inevitablemente oficiales; Frida Khalo y Paquita La Del Barrio inundada en llanto y lentejuelas, bajo la tenue luz de un local bajamente remodelado;

. Querétaro, que comparte los magníficos palacios coloniales de su centro o los últimos días del Emperador Maximiliano, con el cambalache casi natural de su populosa periferia: sus ventas de Levi’s, las voces superpuestas de Ana Gabriel, Alanis Morissette y la cumbia mexicana, las ventas de productos Made in China o de globos manchados por conocidos personajes de Disney;

. San Miguel Allende, armoniosamente escindido entre el mundo de la Plaza Cívica (como a punto de ser tomada por Demetrio Macías) y las casas pre-cementerales de los gringos;

. Guanajuato, entrañable ciudad árabe, donde ya no hay cines porque “no está de moda”, porque “eso ya no se usa”;

. furiosa y ramplona rapacería del mundo de Los Cabos, cuyo norte es el dólar y todos hablamos inglés; el tendero de un mínimo bar del aeropuerto me devolvería a la realidad: “20 años atrás, la miseria era insoportable; hoy no somos lo que éramos antes, ha venido gente resabiada de Mazatlán, de Acapulco, mucho gringo, pero por lo menos comemos”;

. altares barrocos (premeditadamente evité los museos antropológicos y las ciudades de piedra), incontables altares barrocos profusos, relucientes, prodigiosos, magníficos, desde Ciudad de Guatemala hasta Puebla, testimonios -casi al borde del hastío- del horror al vacío latinoamericanizado.

Pero estábamos en el fin del viaje, su último día. Agotado y tenaz me topo con una experiencia casi alephiana que me pareció contener, concentradamente y hasta la exacerbación, la experiencia del viaje en su conjunto. Estoy en las afueras de Cholula, en la Iglesia Santa María de Tonantzintla. La **Guía Michelin** dice que *es una de las joyas del barroco mexicano exuberante; que su interior, de increíble riqueza arquitectónica, es una muestra del sincretismo artístico que conjuga las ideas españolas, el cristianismo y el gran colorido de la cultura indígena, además de la habilidad artesanal de los oriundos del lugar* (1998: 111-2). Postal que al celebrar el *sincretismo* dice todo y nada, porque de alguna forma esa pequeña iglesia es a la vez recompensa de viaje y metáfora hiperbólica de México o de América Latina -García Canclini diría: de su *heterogeneidad multitemporal* y sus *culturas híbridas*-. Santa María de Tonantzintla fue, sin duda, revelación mayor. Su única y desconcertante combinatoria fue además el motivo de esta postal que escribo.

Veo que he dicho *alephiana, resumen, metáfora*, que pienso en la posibilidad de comprender el todo a partir del caso, que recurro a la abstracción por vía deductiva, que me comporto como un turista-intelectual que quiere borrar la especificidad y la naturaleza de ese objeto-iglesia para nombrar la cultura de un continente. No hay remedio, Tonantzintla es, como podrían serlo en Brasil los trazos del Alejaidinho, un plato fuerte que involuntariamente se ofrece tanto para experimentar el irresponsable

goce del turista como para abordar problemas de la teoría de la cultura latinoamericana, o volver sobre las preguntas (inútiles): qué somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos..., la famosa identidad construida o a construir.

La iglesia, más bien capilla, es el orgulloso patrimonio de la comunidad del lugar. La visita es orientada por un guía que da cuenta de la maravilla híbrida. Se dice representante de esa comunidad y su capacidad expositiva haría sonrojar al propio Octavio Paz. El nos descubre a los que allí llegamos el tramado visible y oculto en la polícroma y extrema fiesta del interior de la iglesia: los signos visibles de sus habitantes permanentes, las estatuas, que representan la cosmogonía cristiana hispánica, contienen también disimuladamente los símbolos de la indígena. Si la *conjugación* de la que habla la **Guía Turística Michelin** nos remite mental y necesariamente a la idea de un armónico *mestizaje*, el mismo que enarbola con euforia la política cultural del Estado mexicano, el descriptivo y compacto relato del guía, autorizado por partida doble, dice entrelíneas y me hace pensar en algo que ya manejan como saber los teóricos de la cultura latinoamericana: que el *pastel* del mestizaje esconde la tensión, la pugna entre dos formaciones culturales, apenas acallada aquí por la paz del monumento. Y aquí se abre otro relato. El relato de la resistencia cultural y política de las formaciones excluidas por los múltiples poderes hegemónicos.

El guía informa que se trata de la única capilla que, durante la Colonia, a partir de unas pautas básicas de diseño, fue construida en su totalidad por albañiles y artistas indígenas. Aún más, señala enfáticamente que es la comunidad la que ha administrado y gobernado la capilla a lo largo de los siglos; que hasta el sol de hoy ni párrocos ni políticos ni antropólogos han podido tomar la más mínima decisión sobre la edificación o las actividades que allí se celebran. Si la información es cierta, Santa María de Tonantzintla sería, pues, no sólo un perfecto modelo de ejercicio democrático comunal, sino del derecho a la autodeterminación de un pequeñísimo pueblo dentro, incluso, de los límites de un mismo estado-nación.

Bien. Digamos que la capilla, no importa lo reducido de sus dimensiones, por su carácter excepcional y por el alto impacto de su efecto estético, sería uno de esos pocos y privilegiados monumentos naturales o humanos que merecen o merecerían el título de patrimonio de la humanidad. Digamos que es un vibrante testimonio, un símbolo emblemático del (tenso) cruce de culturas que nos constituye. Quiero sin

embargo añadir algunos elementos a la postal de la capilla que quizás introducan una eventual problematización. La capilla no sólo testifica el cruce de la cultura hispánica y la indígena, *labrada* a lo largo de la Colonia; delata también otro cruce: el de la tradición y la modernización.

Hay también en la capilla varios elementos que han sido añadidos en la actualidad; integrados al decorado de su interior, intervienen, casi hasta la ruptura -es mi decisión interpretativa-, la imagen convencional, no sólo de una edificación barroca mexicana, sino la imagen original y específica de esa edificación, ya de por sí poco convencional. Mi memoria rescata tres elementos:

. Un bonito reloj de péndola muy próximo al arco del altar mayor, contenido por una hermosa madera oscura.

. Junto al reloj, encerrada en una vitrina de bordes también de madera, una visible bandera de México.

.Y lo más desconcertante para el patrón de coherencia que usualmente contiene el gusto: en el centro mismo de la capilla, encabezando el altar principal, y en los altares laterales que a él convergían, la estatua presidente de la Virgen María y las de un par de ¿santos? más, eran encuadradas por marcos aéreos, compuestos por llamativos tubos delgados de neón de color morado nazareno. Encendidos esa mañana, hubieran podido formar parte del patrón normal de decoración de una discoteca o un bar de los tempranos años 80.

¿Cómo no preguntarle al guía por la razón de esos aditamentos? Desde luego no era la primera vez que se le hacía la pregunta. Para responder volvió sobre la figura de la radical autonomía de la comunidad en el manejo de Santa María. Fue la comunidad quien, en distintos momentos, tomó las decisiones. Perspicazmente, el guía se adelantó a señalar cómo personeros de distintas instituciones -sacerdotes o antropólogos- se habían pronunciado en contra del efecto que, especialmente los tubos de neón, producían sobre el conjunto del decorado. Pero la comunidad era dueña de sí misma y debía fidelidad sólo a sus propios criterios y gustos.

## La reflexión pasajera

A la imprevista y desconcertante belleza del arte *mestizo* se añadía, pues, una nueva hibridación: la yuxtaposición de lo validado como artístico y lo -que mi archivo definía como- *kitsch*. Incluso me atrevería a decir que el vigoroso neón, si no intensificaba el efecto estético placentero enriquecía en mucho la impresión de heteróclita, inédita e inquietante rareza -otro costado de lo estético- de la capilla. (Después de todo el arte de la llamada cultura de élites ha incorporado y alimentado desde las vanguardias históricas y hasta el cansancio este tipo de cruzamientos).

En el efecto sin embargo hay una dimensión propiamente culturalista sobre la que parece necesario volver una y otra vez. En los medios académicos de avanzada postmoderna podría parecer una obviedad la necesaria negación de la política de la pureza aplicada a las manifestaciones culturales indígenas. Desde este fin de siglo, parecen cosa del pasado (milenario) posiciones preservativas y reivindicativas como, por ejemplo, las de José María Arguedas. En sus crónicas escritas entre los años 40' y 60' -recogidas muchas de ellas en **Señores e indios**- puede leerse el diseño de un fuerte contraste: a la avalancha de la modernización banalizadora, serializada, mercantilista, falsificadora y mediocre, oponía Arguedas la defensa de la pureza original, la autenticidad, de la cultura tradicional indígena o mestiza, o incluso el elogio de los escasos intentos de feliz renovación que conservaban intacto para los tiempos nuevos el espíritu secular de esa pureza, de lo culturalmente *genuino* y *superior*. Todavía en los 70', Angel Rama -admirador del peruano- cometía en **Transculturación narrativa en América Latina** *deslices* posicionales de esta naturaleza. (Juro que por puro azar -del destino- le correspondió a estos libros citados acompañar mi viaje a Guatemala y México).

La intelectualidad latinoamericana -que se quiere- de avanzada en este fin de siglo ha establecido, pues, la “crítica de la razón latinoamericana” al servicio de la resistencia cultural contrahegémica o de distintos populismos. Y la Iglesia o capilla de Santa María de Tonantzintla es un ejemplo inmejorable de esa crítica. No obstante, esa reflexión de la crítica culturalista finisecular, aunque atenta a las dinámicas multiculturales y multitemporales, cada vez más reducida a los espacios académicos y desarticulada respecto de los discursos de alcance masivo, poco ha podido hacer ante la arraigada pervivencia de los relatos de la autenticidad o la pureza museística de un

sincretismo congelado en un pasado ya inexistente. No sólo las guías de turismo, los discursos políticos y, a veces, las leyes, contribuyen a fijarlos con terquedad. El artículo 309 de Constitución Bolivariana de Venezuela, por ejemplo, aprobada en diciembre de 1999, prometía -sin percatarse de contradicciones- que *la artesanía o industrias populares típicas de la Nación (¿?), gozarán de protección especial del Estado, con el fin de preservar su autenticidad, y obtendrán facilidades crediticias para promover su producción y comercialización*. El enunciado mismo de la ley constituye la ilustración de una “semántica multitemporal”, pero lo que quiero marcar es cómo desde la conciencia y los objetivos economicistas -industrialización y mercadeo de las artesanías (del *souvenir*, que no es otra cosa que la artesanía industrializada, convertida en objeto *típico*)-, persiste la intención de “preservar la autenticidad”, es decir, de confirmar o sancionar la presunta pureza de un simbólico y atemporal origen, básicamente declarativo, discursivo.

La comunidad de Tonanzintla parece, sí, haber resistido o sobrevivido como *diferencia* en las proximidades de lo urbano, orgullosamente si se quiere, tanto a los poderes políticos de la Colonia como a los de la nación moderna, pero no por ello ha sido impermeable a sus culturas. Allí están las huellas de la religión cristiana vivas en las prácticas de los rituales en la actualidad. Allí, la bandera -que como todo símbolo patrio se presta a múltiples usos e interpretaciones-. Allí, la modernización fluyendo en los neones centrales. Allí, el reloj que cuenta el tiempo que cuenta a su vez la imposible pureza, la magnífica desarmonía del conjunto inestable, en tenso devenir. Y no necesariamente está mal que así sea.